

El Español

EN LAS FILIPINAS(*)

Renán Flores Jaramillo

En memoria de Rodolfo Barón Castro, salvadoreño universal que me honró con su amistad y confianza.

SEÑORES:

Ante la magnitud del honor que se me hace al designarme por vuestra generosidad Académico Correspondiente de la prestigiosa Academia Ecuatoriana de la Lengua correspondiente a la Real Academia Española, creo innecesario hacer las tradicionales manifestaciones de gratitud, porque el hecho de vuestra abrumadora distinción hacia mi persona es, para mí al menos, idéntico al del nacimiento, nuestra entrada en la vida por la generosidad de los padres.

No es necesario dar las gracias a la madre por traernos al mundo, porque al hacerlo nos ha favorecido con el más alto de los bienes ante el cual resultarían mínimos y hasta ridículos los intentos de agradecerle en voz alta. No es necesario dar las gracias a los progenitores: toda nuestra vida es gratitud para ellos.

Y significando para mí

esta distinción vuestra, algo si no totalmente idéntico si muy similar al nacimiento, porque conceden ustedes a mi vida un galardón imponderable, no creo necesario ni oportuno detenerme en el rutinario ritual de decir gracias, de decir que el honor es inmerecido, de decir todo lo que habitualmente se escucha en ocasiones como ésta.

Lo que sí me parece obligado manifestar es que, aun sabiendo lo difícil de la empresa, procuraré hacerme digno de vuestra generosidad y no frustrar las esperanzas que razonablemente tiene un organismo de la calidad de éste al que se me incorpora.

Creo ser consciente de lo que representa esta Academia, tanto aisladamente, como una institución ecuatoriana, cuanto en el orden de la insigne colectividad que hoy componen las Academias Correspondientes de la

Academia matriz y genitora, que es la Real Academia Española. Y me permito agregarle a este famoso nombre un aditamento, para llamarla Real Academia Española de nuestros días, la Nueva Real Academia, que ha sabido dejar tan atrás, (al punto de que puede darse por olvidado), a aquel arcaico dicasterio que poseería toda la ciencia del lenguaje que se quisiera, pero no tenía en su haber una clara conciencia de lo que la lengua española es desde el día 12 de Octubre de 1492.

No comprendían muchos de aquellos arrogantes señores que se permitían mirar por encima del hombro a un Juan Montalvo o a un Augusto Malaret, cuán profundo y pródigo fue el proceso de la hispanización cultural de América, ni cuán

(*) Este discurso de incorporación a la Academia, del Dr. Renán Flores Jaramillo, lo publicamos con la autorización de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

enriquecedor fue para la lengua de Castilla el mestizaje lingüístico que aportaron los pueblos de esa América, tanto los pueblos indígenas como las sociedades americanas creadas en el Nuevo Mundo.

La Real Academia de la Lengua es hoy, efectivamente, un organismo técnico que reconoce, admite y acepta sin crispación ni resentimiento, la realidad viva y viviente de un idioma libre, emancipado de coyundas, cuyo escenario geográfico no tiene una metrópoli ni una sede imperial codificadora, sino que está hecho, y sigue haciéndose cada día, como todo idioma realmente vivo y apropiado para las necesidades del hombre, por una diversidad de pueblos, de razas, de concepciones variadísimas de la vida, así como de la realidad plural que en lo lingüístico, en lo social y en lo cultural viven los más de trescientos millones de seres usuarios de la lengua difundida y dispersada por los españoles y enriquecida por los americanos, en una geografía que es cerca de cien veces mayor que la geografía peninsular de esa misma lengua.

En esta Nueva Academia le es posible al hispanoamericano trabajar. El nexo con las academias americanas, que se sienten

hoy más respetadas, más estimadas que antaño, tiene que ser un nexo muy consciente de que la presencia activa de la lengua hablada en cada uno de nuestros países puede ser enormemente útil al lenguaje general, si la comunicación y el aporte, se hacen con fidelidad y con eficacia. Quienes aceptamos el honor de convertirnos en uno de esos nexos, contraemos el compromiso de cumplir con entusiasmo y con la mayor capacidad posible de nuestras facultades, a ese trabajo interminable, incesante que tienen ante sí las academias, porque es interminable e incesante el flujo de novedades que el idioma va dando de sí en cada uno de nuestros países y en la misma España.

Personalmente no me siento atemorizado ante la responsabilidad que acepto, y no porque tenga un exagerado concepto de mí mismo, sino porque tengo muy presente el ejemplo de dos hispanoamericanos excepcionales, dos maestros, con quienes tuve el privilegio de tratar repetidamente y de colaborar a lo largo de los años. Esos dos maestros, esos dos amigos entrañables e inolvidables, fueron: Rodolfo Barón Castro, honor de su patria, El Salvador, y Humberto

Toscano, aquel valiosísimo compatriota nuestro, trágica y prematuramente desaparecido. Barón Castro y Humberto Toscano sentían pasión por el estudio y defensa del idioma común a nuestros pueblos. Por sus estudios filológicos e históricos, por su desvelo ante la problemática general de los pueblos hispánicos, sabían que el desarrollo cultural, el tecnológico, el social, el político, están profundamente unidos al conocimiento y buen uso de una lengua que es, entre muchas otras cosas valiosísimas, *un programa de unidad*, un modelo ínsito para la identidad y la acción colectiva de los pueblos americanos. El idioma es una entidad en desarrollo perpetuo, como tendrían que ser los pueblos que lo hablan.

Decía Rodolfo Barón Castro: "Esta lengua, el español, pasó de ser lengua imperial a ser *lengua de naciones*... Desde el testimonio que nos ha legado aquel eremita jerónimo Fray Ramón Pané que llega a las Indias en una de las expediciones colombinas y nos describe el bautizo en 1496 del indio Gtaticava o Gtáicavanti, después Juan Mateo, que es el primer ser del Continente Americano del que tenemos certeza de que aprendió a leer y escribir —dado que fue

amanuense de su protector—, hasta las grandes manifestaciones literarias del período español del Nuevo Mundo que llevan los nombres de Sor Juana Inés de la Cruz o de Juan Ruiz de Alarcón en la Nueva España; de Garcilaso de la Vega en el Perú —que también produce aquel portento de erudición que fue el insigne Peralta y Barnuevo—, de los literatos del XVIII de la Nueva Granada, Venezuela, Chile o Guatemala —que nos da el prodigioso Landívar cuya "Rusticatio mexicana" está escrita, como dijo Menéndez Pelayo, en el mejor latín de su época, evidencia, concluye Barón Castro, hasta dónde el conocimiento de la lengua castellana había penetrado en el Continente, que a pasos agigantados la hacía suya".

A estas consideraciones del creador de uno de los grandes libros de América, "La población de El Salvador", hay que añadir que no hubo jamás en Barón Castro ni sombra de esa penosa actitud que consiste en admirar tanto la obra de España en América que se llega a desdeñar o a "ningunear", como dicen los mejicanos, las culturas autóctonas vividas con devoción por los pueblos indígenas que hallaron allí los conquistadores. Rodolfo Barón Castro hace una

salvedad, como hispanoamericano leal y puro que era, que pone en su sitio a las lenguas con las que el castellano llegó a convivir. "El fenómeno de castellanización del Nuevo Mundo, dice, no significó en ningún momento que las lenguas indígenas hubieran sido destruidas o aniquiladas.

La cristianización, puntualiza Barón Castro, se hizo en gran medida a través de ellas, lo que implicó el estudio y conocimiento profundo de sus peculiaridades. De casi todas esas lenguas quedan catecismos, devocionarios, sermonarios, vidas de santos, etcétera, es decir, un ingente material en lenguas indígenas que sirvió para la evangelización y que continuó recibiendo atención preferente. Vaya como ejemplo por lo que hace al nahuatl, prosigue Barón Castro, el *Vocabulario* de Alonso de Molina impreso en Méjico en 1571, cuyo valor sigue vivo. También hay que señalar que las principales de aquellas lenguas tuvieron jerarquía universitaria y hubo cátedras para enseñarlas. Al fundirse, por ejemplo, concluye Barón Castro, la Universidad de San Carlos Borromeo en Guatemala —que abre sus puertas en 1681— se sacaron al tiempo que otras cátedras, a oposición, las de lenguas quiché y cakchiquel.

Fue después de la Independencia cuando el interés por el estudio de las lenguas aborígenes decreció e hizo que estas mantuvieran una vida lánguida".

Y esta aserción fundamental sobre la convivencia o co-oficialidad pudiéramos decir, entre la lengua acabada de llegar y las que se hallaban desde siempre en América —convivencia que es, en nuestros días, acaso más necesaria e importante que en el Siglo XVI— quedó maravillosamente explicada y enjuiciada por Humberto Toscano, miembro de esta Academia. "La influencia del español en el vocabulario quichua es considerable, dice Toscano, y agrega: "No sólo se hablan en quichua palabras españolas, sino que también el español ha sido vehículo de transmisión de términos procedentes de otras lenguas americanas. He aquí, dice Humberto Toscano, algunos ejemplos:

cazarana	(casarse),
rigalana	(regalar),
amu	(amo),
achute	(achiote),
azutina	(azotar),
caja	(ataúd),
dañuna	(dañar),
manta	(frazada),
Púdic	(poderoso), y
tata	(padre).

Ahora completa su pensamiento Humberto Toscano diciendo: "En cuanto al influjo del quichua en el castellano, se podría

escribir un libro voluminoso. La inmigración española estuvo constituida al principio casi exclusivamente por hombres", recuerda. La mujer india representó, por tanto, un papel importantísimo en el hogar del conquistador o del colono. Cuando no era la compañera, era la criada. Una geografía publicada en Barcelona en 1833, explica Toscano, decía lo siguiente respecto del Ecuador: "La lengua que se habla en Quito y su provincia, no es uniforme. Unos hablan la castellana y otros la de los Incas, particularmente los criollos, que usan también aquella; pero una y otras adulteradas con cosas de ambas. La primera lengua que pronuncian los niños es muchas veces la de los Incas, por ser indias las nodrizas, no hablando con frecuencia la castellana hasta los cinco o seis años". Es realmente notable, concluía Humberto Toscano, el número de palabras quichuas referentes a los niños que circulan en el español corriente en la Sierra: **amarcar** o **marcar** (tomar en brazos, apadrinar en el bautismo), **guagua** (niño tierno; la voz, según Fray Domingo de Santo Tomás, era usada por las madres, no por los padres, para nombrar a los hijos), **ñuño** (nodriza),

huiña-chishca (hijo adoptivo), **marcactaita** (padrino de bautismo), **guambra** (muchacho), y **pupuchumbi** (faja, ceñidor de pañales)".

Con estas dos evocaciones de trabajos de dos conocedores y defensores de la lengua española integral con una mentalidad moderna, y ambos con un sentimiento de curiosidad y de respeto por la personalidad lingüística de América, es decir por la no hegemonía ni monopolio del habla por los puristas españoles o españolizantes, he querido situar de manera muy clara la materia que va a ser objeto, ahora mismo, de mi breve discurso de recipiendario, del discurso que reglamentariamente debe presentarse ante ustedes para dar señal, con la palabra viva, de una incorporación que quiere, quisiera, ser presencia útil y fraternal entre ustedes.

El tema del muy breve discurso que he preparado, responde, es fácil adivinarlo, a una cuestión que preocupó mucho, y consumió tiempo y trabajo a Rodolfo Barón Castro y a Humberto Toscano, bien que éste en menor medida que aquel. Se trata de la supervivencia del español en Filipinas. En el problema que ha llegado a ser esa supervivencia vieron ambos estudiosos una

situación que bien pudiera producirse en el futuro —futuro que espero muy lejano— en algún o algunos países de nuestra América. La pérdida de la lengua española, reemplazada por otra lengua foránea o por una lengua autóctona, es algo que quizás suene a utópico o descabellado, pero no debe desecharse su consideración, porque en la crisis de identidad que padece nuestra América, y en la actuación convulsa que se da frecuentemente en la vida política, puede surgir una fuerte crisis en el campo de la lengua, lo que implicaría, obviamente, una crisis en la comunicación con el resto del mundo, comenzando por los países vecinos.

No todos los factores o ingredientes que han determinado la situación del español en Filipinas están presentes, por supuesto, en todos los países nuestros que tienen en su seno, vivas y actuales, dos o más lenguas, además de la española. Pero la situación espiritual, de ideas y de sentimientos, que pesa hoy en algunos medios en contra de la lengua que sirvió de enlace hasta cierto punto unificador del enjambre de idiomas y dialectos hablados en las más de siete mil islas que componen el Archipiélago, es lo suficientemente interesante para atraer la atención de cuantos gusten

de analizar este tipo de problemas. La peligrosa vinculación de la política nacionalista exagerada con un rechazo del uso del idioma "enemigo" en muchas mentes y partidos.

A la llegada de Magallanes, en el Archipiélago se hablaban casi tantas lenguas y dialectos como tribus lo habitaban, pero con cierto predominio de lenguas y razas malayas, que llegaron a extenderse desde Madagascar y Ceilán hasta la Isla de Pascua, antes de la Era Cristiana. Magallanes, al igual que luego Legazpi, utilizó malayos para entenderse con los que hoy llamamos filipinos. Las dos lenguas más vigorosas en el Archipiélago, la bisaya y la tagala, son, estructuralmente muy parecidas, tienen un cercano paréntesis. Los misioneros historiadores coincidían en afirmar que principalmente la lengua tagala tenía cuatro cualidades de las que ellos llamaban "las cuatro mejores lenguas del mundo". De la hebrea tenía el tagalo "los misterios y profecías"; de la griega, los artículos y distinción; de la latina, "la copia y elegancia", y de la lengua española tenía la tagala, "la buena crianza, el comedimiento, y la cortesía".

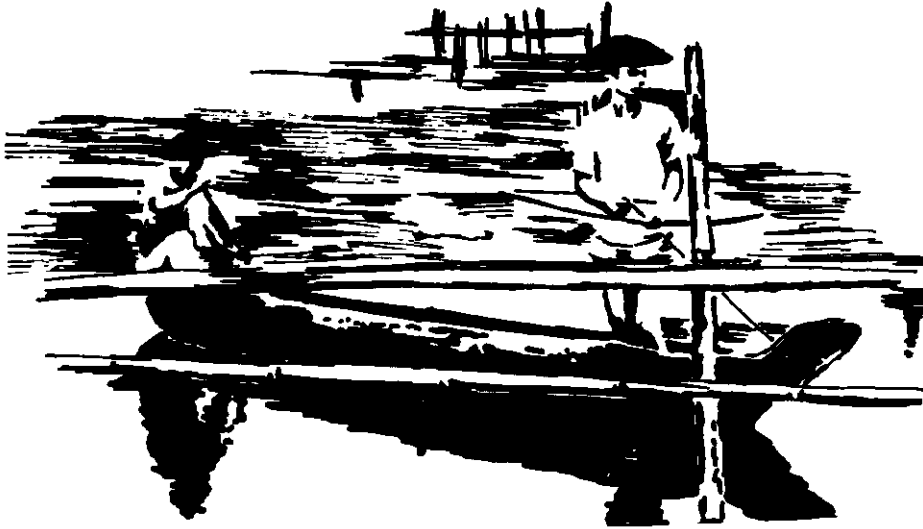
Magallanes habló en la isla de Limasawa con el

reyezuelo de Butuan, Rajá Seguí. Fue la primera vez que la lengua castellana resonó en Filipinas, el 31 de marzo de 1521. Antes de un mes más tarde, al entrar por la isla de Cebu, Magallanes se convirtió en el primer mártir europeo. En 1543, Rui-López de Villalobos desembarcó en Leyte y, para congraciarse con su rey, bautizó la isla con el nombre de Filipina. En 1565 llega Legazpi, yendo de isla en isla, y al fin halla en Manila gente más apacible que la de Cebu y otros sitios. Manila adquiere desde entonces la capitalidad, porque allí quedó Legazpi, el Adelantado. Es de observar (si se piensa ahora mismo en los problemas de la Presidente Corazón Aquino) la diversidad de caracteres, costumbres y maneras de los habitantes de cada isla.

Desde el núcleo residencial de Legazpi, la lengua castellana comenzó a irradiarse. *La recibían o la rechazaban según el talante de los isleños*. En 1686, Carlos II montó en cólera al conocer los vejámenes que sufrían los españoles por la actitud de los indispensables intérpretes. Todavía en marzo de 1860, el gobernador general de Filipinas, Ramón Solano, se quejaba al ministro de Ultramar en Madrid de que después de trescientos años

de colonización, *no se hablaba el castellano*, y pide el envío de 150 maestros del idioma, que no le fueron enviados, anotemos el dato, por falta de personal. La misma Isabel II, en 1863, ordenaba que en la Escuela Normal emplearan los maestros la lengua castellana.

Actuando ya como Reina Regente María Cristina, madre de Alfonso XIII reaparecían las quejas de los gobernantes. La lengua española se había enclaustrado, por decirlo así, entre las clases superiores, es decir, la aristocracia española residente. Se convertía en signo de españolismo político, de "fidelidad a la Madre Patria". La pérdida de América en 1824 engendró un gran resentimiento y una desconfianza humillante en los españoles integristas contra los nativos. El pueblo —o mejor, los pueblos— chapurreaban, para hablar con los españoles, un habla híbrida, intencionalmente descuidada y degradada, que podía ser: español-bisaya, español-tagalo, español-ilocano, español-pangasinan, español-bicol, español-gayan, y español-moro. Ese hibridismo con el español o castellano se impuso popularmente en las zonas portuarias de ciudades muy pobladas, principalmente, y



se le llamó chabacano, porque era en realidad un castellano hablado chabacana, vulgarmente.

A los problemas propios de la diversidad de idiomas y de idiosincrasias de las islas, se unió, en el último tercio del siglo pasado, la lucha por la independencia nacional. El patriotismo estaba alentado por hombres de preparación universitaria, lo que implicaba el uso del lenguaje castellano. El máximo héroe de la independencia filipina, el gran Rizal, médico, novelista, poeta, hizo en español toda su obra y toda su campaña por la independencia. El himno nacional fue escrito en español y muy

posteriormente traducido al tagalo. La primera constitución, la de Malolos, los periódicos revolucionarios, las proclamas, se produjeron en lengua castellana. No existía, pues, odio contra la lengua de la Metrópoli, y las perspectivas eran favorables a una implantación voluntaria de este idioma en las clases populares tanto como lo estaba en las clases pudientes. Se mantuvo siempre, es innegable, la espontánea fragmentación o *balcanización* de las islas con sus etnias diferentes y sus idiomas propios, pero el centro de la nacionalidad y del patriotismo que luchaba por la Independencia conseguiría, probablemente, unificar al Archipiélago independiente. Una lengua

unificadora era una bendición para la patria naciente.

Pero no hubo independencia, como es harto sabido. La guerra hispano-norteamericana significó, entre otras muchas cosas, la entrada del idioma inglés por la puerta principal del país, por la administración del Estado. Hubo heroica resistencia filipina, pero la pelea era tan desigual que resultaba utópico luchar. En lo que pudieron salvar, los filipinos hicieron lo posible porque el español no dejase de figurar, si no como lengua nacional sí como lengua co-oficial con el tagalo. Y por supuesto, con el inglés, que los vencedores imponían en todas partes.

Y aquí está el centro

del problema que a tantos nos intriga y apasiona. ¿Por qué Puerto Rico, políticamente colocado en la misma situación dramática de Filipinas resistió, y sigue resistiendo, la sustitución de la lengua española por la inglesa, y la situación del castellano en Puerto Rico es infinitamente más vigorosa que en Filipinas? Cabe tener en cuenta, objetivamente, que no hay similitud entre la Isla antillana y el Archipiélago asiático. En Puerto Rico, desde los días de Colón y de Ponce de León, no se conoció, hasta 1898, otra lengua oficial y popular que la castellana, mientras que, como hemos visto, el cuadro lingüístico de Filipinas era, y es, un laberinto difícil de descifrar. El sentimiento nacionalista que crecía más y más desde 1898, llegó incluso a reaccionar más contra la supervivencia de la lengua española que contra la implantación político-educacional del inglés. El poderío norteamericano ofrecía automáticamente la imagen de la lengua inglesa como lengua de oportunidades, frente al español, lengua de países faltos de empleos y con bajo nivel de vida.

La falta de una política cultural bien estructurada y eficientemente costeadada por España, fue alejando más y más de este país a Filipinas.

Como no se advertía, según las apariencias, la existencia de Hispanoamérica, todo el problema del lenguaje español se movía en relación, de amor o de odio, con España. La pasión política obnubilaba la visión del porvenir.

El nacionalismo anti-norteamericano se refugió, en lo que a la lengua se refiere, en el bisayo y en el tagalo, pero cualitativamente esta última lengua desplazaba en los medios intelectuales y universitarios a su hermana bisaya, de uso más popular. Pero esa vuelta al tagalo como signo de nacionalidad produjo el llamado *pilipino*, que según Barón Castro es el tagalo expurgado de españolismos. Porque, como es sabido, se cree que el tagalo tiene unas 30 mil palabras raíces y unos 700 afijos. Y de esas 30 mil raíces, 10 mil proceden del español, 3.200 del malayo-indonesio, 1.500 del chino, 1.500 del inglés, 300 del sánscrito, 250 del árabe, y unos centenares proceden de otras lenguas, como el persa, el japonés, y el ruso.

Hacia el año 1972 Rodolfo Barón Castro, que se hallaba al frente de la Oficina de Educación de Iberoamérica —"el hombre para el puerto", sin duda— llevó al cabo de una manera brillante la encomienda que le hicieran todas las naciones

hispanoamericanas reunidas en el IV Congreso de las Academias de la Lengua Española en Buenos Aires, para la publicación del libro de Adolfo Cuadrado Mufiz, director entonces del Departamento de Estudios de la OEI, quien falleció en enero de este año 1987. Ese honroso encargo de las Academias fue refrendado por la UNESCO en 1964, y luego de recorrerse los consabidos trámites y sinsabores que acompañan entre nosotros a este tipo de iniciativas, Rodolfo Barón Castro tuvo la satisfacción de ver en sus manos el bello libro *"Hispanismos en el tagalo"*, para el cual escribió él mismo un prólogo o introducción que armonizaba perfectamente, por el saber y por la elegancia del estilo, con el impresionante trabajo de erudición y de ciencia que habían hecho Cuadrado Mufiz y Humberto Toscano.

Pero en la OEI todos éramos conscientes de que esta demostración desinteresada por la lengua nacional filipina podía ser interpretada en ciertos medios del Archipiélago como un intento más de subordinar el habla de ese gran pueblo a una supremacía de la lengua española, lo que nadie había pensado entre nosotros. No se estudiaba el tagalo para decirle a los filipinos que su

lenguaje favorito, declarado nacional, era primitivamente muy pobre y necesitó alimentarse de otras lenguas, porque pensar o decir esto sería prueba de incultura y de desconocimiento del proceso normal vivido universalmente por todos los idiomas a lo largo de su existencia.

Lo que quería en realidad, y así lo entendieron los filipinos cultos y de mentalidad abierta al mundo, era recordar a quienes lo hubieran olvidado allí, que la lengua española, lejos de ser "un idioma de tiranía", fue siempre un idioma de universalización, de entrega amistosa a otras lenguas, en razón de que nadie olvida que esta lengua española o castellana que hablamos tantos millones de seres nació paupérrima, y fue creciendo con la afluencia de otros idiomas, particularmente el árabe, el latín, y el griego. La proporción de vocablos árabes que hay en el español no sonroja a nadie ni crea complejos de inferioridad, sino a la inversa.

Filipinas necesita entregarse de una vez al estudio intensivo del español, en las escuelas como en las Universidades, en todas partes, porque al hacerlo así estará revitalizando sus raíces, no sólo históricas, sino sus raíces culturales, su

literatura, su identidad de nación independiente, y estará eliminando los absurdos traumas que parecen pesar sobre el alma nacional.

Un gran filipino, don Claro M. Recto, dijo una vez que sería muy triste que se llegase en Filipinas a tal grado de pérdida del idioma español, por entrega al inglés o por enclaustrarse en el empleo del tagalo u otro idioma autóctono, que se hiciera necesario para los filipinos leer traducidos a sus grandes hombres, a los creadores genuinos de la nacionalidad, que escribían y pensaban y hablaban en español, y *no por ello dejaron de ser los libertadores de la patria.*

No es posible, no sería justo, hablar de esos hispanohablantes creadores de la nacionalidad filipina sin detenernos, sea unos momentos, con toda reverencia, ante la figura de José Rizal. Pertenece este hombre a los más grandes entre los grandes del mundo nacido para la cultura universal a la luz de la lengua española, en el vastísimo escenario donde se derramó esa lengua a partir de 1492.

Los españoles podrán decir siempre, a quienes se regodeen subrayando los lunares de la conquista y de la colonización, que si son

innegables esos lunares, también son innegables los magníficos frutos nacidos para la Humanidad en el hogar de las universidades coloniales españolas, en el uso intensamente creador de la lengua, en la formación ética e intelectual de los nacidos en aquellas tierras. De esa formación, de ese dominio de la lengua, de esas universidades, nacieron los Francisco Javier de Santa Cruz y Espejo y los José Mejía Lequerica, los Eugenio María de Hostos y los José Martí, los Andrés Bello y los José Hipólito Unanue, los Miralla y los Fernández Madrid, y refulgiendo con luz propia en esta nómina que puede extenderse mucho todavía, los Andrés Bonifacio y los José Rizal.

Nacido en 1861 en Calamba, Luzón, es decir, en el corazón mismo del baluarte máximo del tagalo en el Archipiélago, Rizal, se formó en la Universidad dominica de Santo Tomás, en Manila, y posteriormente se licenció en Medicina y en Filosofía en las Universidades de Madrid y Barcelona. Fue a París a especializarse en oftalmología, y viajó también a Alemania para perfeccionar sus estudios. En Berlín hizo amistad con el famoso Rudolf Virchow, y fue en Berlín, animado por el historiador Ferdinand

Blumentrit, donde publicó su primera novela, *Noli me tangere*, que precisamente en este 1987 cumple cien años de editada por primera vez.

Porque Rizal fue al mismo tiempo médico eminente y literato, poeta y político. Esto último ha de entenderse en el sentido de sus ideales patrios, de su honda preocupación por el destino de Filipinas. Concentró su defensa del pueblo en la denuncia del clero que, según testimonios fiables, llegó a ser en Filipinas particularmente detestable, por su inmoralidad y por su elitismo, llevado hasta la pretensión de cultivar la lengua española únicamente en la llamada "alta sociedad".

Las dos novelas de Rizal, *"Noli me tangere"*, y *"Filibusteros"*, le costaron la vida, puede afirmarse, porque tomándolas como pruebas de insurrección y aun de sedición, acabaron los frailes por conseguir su encarcelamiento y su muerte ante un pelotón de fusilamiento, una de las páginas más tenebrosas e indefendibles de la actuación política o gubernativa de España en Filipinas.

La grandeza de alma de Rizal se manifestó en toda plenitud al saberse próximo a morir. Ya en capilla, escribió su más intenso, su más sentido poema, que fue

un canto a su patria. Y ese canto fue escrito, como toda la obra de Rizal, en lengua española. Apasionado de su

tierra y de su pueblo, dijo Rizal, ya en el umbral de la muerte, esta despedida:

*¡Mi patria idolatrada, dolor de mis dolores,
Querida Filipinas, oye el postrer adiós!*

*Ahí te dejo todo: mis padres, mis amores;
Voy donde no hay esclavos, verdugos, ni opresores;
Donde la fe no mata, ¡donde el que reina es Dios!*

*¡Adios, padres, hermanos, trozos del alma mía,
Amigos de la infancia en el perdido hogar!*

¡Dad gracias, que descanso del fatigoso día...!

¡Adios, dulce extranjera, mi amiga, mi alegría!

¡Adios, queridos seres...! ¡Morir es descansar!

¿Sería posible, nos preguntamos con Claro M. Recto, que algún filipino se vea obligado a leer a Rizal traducido al tagalo o al inglés? No podemos concebirlo. Eso sería tan absurdo como si los norteamericanos tuviesen que leer traducida la "Proclama de Gettysburg" de Lincoln, o los hispanoamericanos tuviésemos que leer en una traducción a otro idioma que el español "Mi delirio en el Chimborazo" de Simón Bolívar.

Debo poner término a esta interrupción ya excesiva de vuestra libertad. La lección que me parece obvia de cuanto acabamos de decir,

es que no se concibe, en un tiempo que como el nuestro ha sufrido tanto por los errores del ultranacionalismo y del patriotismo mal entendido, que se renuncie o se vea desaparecer con indiferencia un idioma, tenga como el español, o no lo tenga en absoluto, derechos de la calidad que tiene ante los filipinos la lengua que incorporaba a Rizal, y con él al pueblo filipino, a la cultura a que pertenecen Miguel de Cervantes y Simón Bolívar, López de Vega y el Inca Garcilaso, Unamuno y Martí. Una cultura que por su expansión y su difusión en el Viejo y en el Nuevo Mundo, no es un bien exclusivo de

España, ni mucho menos puede entenderse como un instrumento de la política española para mantener una hegemonía sobre otros pueblos de la tierra. La palabra incorporación que he empleado hace un momento, no significa subordinación ni sumisión, sino *participación*, ser y tener una parte en un *corpus* de la magnitud y brillantez del de la cultura desarrollada en España en el curso de los siglos y en la cristalización, junto con lo ibérico autóctono, de cuatro grandes culturas de la historia universal: la cultura árabe, la cultura griega, la cultura latina, la cultura hebrea. Y por si esto no fuera suficiente, desde el siglo XVI hasta nuestros días hay que sumar a ese acervo antiguo las culturas del Nuevo Mundo, que aportaron al español, idiomas, artes, agricultura, pensamiento.

Alejarse pues de lo que lleva dentro de sí la lengua española, es empobrecerse *culturalmente* un pueblo o una persona. En Puerto Rico se ha comprendido perfectamente que su más sólido baluarte para conservar su personalidad propia, su identidad, está en el mantenimiento y cultivo de la lengua que llegó allí en 1493. Mantener viva esa identidad no quiere decir que los puertorriqueños rechacen

o dejen de estudiar la lengua que les llegó en 1898; quiere decir que si no hay identidad firme no hay enriquecimiento posible, sino sumisión.

¿Ha existido un propósito premeditado para la extinción de la lengua española en Filipinas? Es muy probable. Como es muy probable también que una forma apasionada de nacionalismo llevara a algunos grupos a extender la animadversión contra el régimen político español hasta la lengua que ese régimen hablaba. Cuando la Independencia de Estados Unidos, se llegó a plantear la conveniencia de abandonar la lengua inglesa y adoptar el alemán, o quizás el español, como la lengua propia de la nación nueva. Se impuso al fin el peso de la realidad, y se comprendió que mantener y cultivar la lengua de Albión no tenía por qué considerarse una sumisión al poder político de la corona que se repudiaba.

A lo largo de nuestro siglo, la enseñanza de la lengua española en Filipinas ha padecido curiosos avatares. La tendencia general corrió siempre en favor de que se enseñase la lengua en primera y en segunda enseñanza, con todo el rango de una lengua que en las Islas no puede ser considerada advenediza ni

extranjera. Pero las luchas políticas internas, la variedad de étnias y de lenguas propias, los vaivenes políticos y de todo orden en las relaciones entre Filipinas y España, determinaron que mucho antes del cese de la dominación norteamericana en la Isla, que se produjo, como es sabido, tan sólo en 1949, aparecieran y desaparecieran como misteriosos islotes en medio del océano las propuestas de ley en pro o en contra de la enseñanza pública del idioma español.

En 1952 quedó legalmente restablecida la enseñanza del español y hubo un verdadero renacimiento recíproco de los intercambios hispano-filipinos. Esta "luna de miel" comenzó a desintegrarse hacia 1967, cuando los sectores opuestos a la enseñanza oficial del español crecieron en actividad y en enemistad hacia la vieja lengua. Hubo manifestaciones estudiantiles, por increíble que pueda parecer un ataque a la cultura en esos medios, que pedían a gritos en las calles "la muerte del idioma de la tiranía". La campaña triunfó finalmente, y en 1971 el Congreso redujo la enseñanza en un cincuenta por ciento. Es decir, cuando en el mundo entero remontaba el interés por estudiar la lengua que

permite vincularse con más de 300 millones de seres humanos y con importantísimas literaturas, pensamiento político, ciencias, etc. se producía en Filipinas la retracción, el rechazo destructor. En esos mismos momentos, en Japón, en Taiwán, en Corea, en China, crecía día tras día el interés por el estudio de la lengua que los filipinos tienen en la sange de su historia. ¿Tanto habían podido 49 años contra 456?

Esta inexplicable situación persiste, se mantiene. En 1976, el otro día, el español quedó finalmente excluido de los planes de estudio de las escuelas secundarias. Pero hay más. Todavía en la Constitución que regía cuando gobernaba Ferdinand Marcos, figuraba la condición de co-oficialidad del español con el tagalo y con el inglés. Y ahora mismo, en la Constitución surgida tras la caída de Marcos, la que fue sometida a *referéndum* en febrero de este año, *quedó eliminada la lengua española del texto Constitucional*. Al preguntársele a la Sra. Presidente de Filipinas a qué se debió esta eliminación, dijo textualmente:

"Yo no he interferido en la redacción de la Nueva Constitución, que ha sido redactada por una comisión de cuarenta y ocho personalidades nombradas por mí. No

sé realmente por qué ha sido eliminado el español. Pero la verdad es que desde hace muchos años el segundo idioma es el inglés, y algo debe funcionar mal en el sistema escolar, ya que mis hijos han ido a un colegio de monjas españolas, han estudiado durante doce cursos el español como asignatura, y no hablan español".

Esos son los hechos. He traído, señores Académicos, este tema de la crisis, de la *agonía* como diría Unamuno, de un idioma por motivos de fuerza económica, de prepotencia política extranjera y de descuido en la defensa de una cultura, porque la situación vivida por el idioma en Filipinas nos da una imagen de posibles situaciones parecidas en algunos países y territorios de nuestra América.

No podemos desdenar el peligro de que por una exaltación casi hiperestésica del nacionalismo, llámesele indigenismo o como se le quiera llamar, en algunos países se llegue a incurrir en la absurda pretensión de desterrar la lengua española en favor de la implantación oficial y obligatoria de alguna lengua autóctona. Como hemos visto en Filipinas, el vacío creado por la expulsión del español lo ha ocupado el inglés, no el tagalo.

Señores: Terminó evocando ante ustedes un

hecho del cual fuimos testigos el pasado mes de diciembre, cuántos hispanoamericanos vivimos en Madrid. En una conferencia o asamblea de grupos indígenas americanos celebrada allí, se produjo una verdadera explosión de anti-hispanismo por parte de algunos dirigentes connotados de las colectividades indígenas presentes. Se condenó la celebración del V Centenario del descubrimiento, con el peregrino argumento de que esa celebración sería "una humillación para la raza india", y se dijo cuanto se quiso en contra de las actuaciones españolas en el Siglo XVI. Pero lo más notable de todo fue que aquellos dirigentes indígenas no hablaban en Quichua, ni en Nahuatl, ni en Guaraní, *porque de haberlo hecho así no los hubieran entendido los otros indios presentes*. Todos hablaban en español, porque el español se convirtió, hace mucho, mucho tiempo, en una lengua supra-racial, supra-nacional, supra-política y supra-religiosa. El español es, sencillamente, la lengua de todos, la lengua a la que todos pertenecemos, y a la que todos debemos defender, por nuestro propio beneficio y nuestra propia conciencia.